



EL SOL Y SUS MANCHAS. (1)

II.



Como la ciencia no se satisface con meras observaciones, natural es que después de haber visto la influencia del Sol en nuestro sistema planetario, y haber estudiado sus movimientos y

sus manchas nos preguntemos ¿qué es ese astro? ¿Cuál es la causa del calor y la luz que despide, sin los cuales apenas podría concebirse la existencia de nuestro planeta? ¿Qué son esas manchas irregulares que le cruzan oscureciendo su brillo?

Estas preguntas se hicieron todos los filósofos antiguos y se hacen hoy los astrónomos modernos, cada cual según la suma de conocimientos que tiene acerca del Sol. Mas á pesar de tantos siglos como han transcurrido desde las primeras observaciones astronómicas, no podemos lisonjearnos de contestar satisfactoriamente á nuestra curiosidad.

La astronomía, como ciencia de cálculo y de observación, ha llegado hoy á una perfección asombrosa, á una altura á que quizá no llegarán con el tiempo muchas

ciencias; pero en cuanto á la esplicacion de aquellos fenómenos que no son puramente matemáticos, ni dependen inmediatamente del cálculo, no podemos decir que estamos hoy mucho mas adelantados que hace un siglo.

Las teorías han sido mas discutidas; las hipótesis abundan hoy mucho mas; los progresos de la física nos han hecho abandonar algunas ideas equivocadas; ¿pero hay alguna que se aproxime á la verdad mas que las antiguas suposiciones, y que explique satisfactoriamente todos los fenómenos que observamos en el disco solar? No nos atrevemos á asegurarlo. Las propiedades de los rayos luminosos del Sol forman ya una parte bastante estensa de la física; su influencia en la vida animal y vegetal; la descomposición de sus colores, su polarización nos permiten conocer mejor la naturaleza de la luz solar; pero nos dicen muy poco sobre la constitucion física del Sol.

Por punto general los filósofos antiguos creían que el Sol era una masa de fuego puro. Así lo dijeron Tales, Zenon y Anaximandro. Epicuro suponía que el Sol se encendía al aparecer por el horizonte y se apagaba durante la noche. Anaxágoras creía que el Sol era una esfera que arrojaba la luz por varias aberturas, que cuando se obstruían producían los eclipses. En fin, cada uno aplicaba el sistema de que se servía para explicar la creación del universo, para darse cuenta de la existencia del *Padre del mundo*. Muchos le dieron una inteligencia y le hicieron Dios; otros le consideraron como un emblema de la Providencia; estos como centro de las almas, y aquellos como morada de Dios y de los justos. Yamblico creía que el Sol y las demás esferas celestes producían al moverse en el espacio sin límites una armonía divina, himno eterno á la gloria de Dios.

Todas estas ideas, que son mas bien efecto de la admiración y gratitud que de un conocimiento científico, se conservan aun en nuestro lenguaje, y las estamos usando á cada momento.

En cuanto á los astrónomos modernos, cada uno ha dado una esplicacion de las manchas, fáculas y lúculas. La Hire suponía que el Sol es una masa fluida en que nadan una porción de cuerpos oscuros, que son arrastrados por el movimiento de rotación; cuando estos cuerpos salen á la superficie producen las manchas negras, y acumulando á su alrededor la materia luminosa, forman la penumbra. Kitcher dice que el Sol es un globo de metal muy denso en estado candente que despide en línea recta por todos sus puntos rayos caloríficos y luminosos.

Fontenelle veía en el astro del día un cuerpo sólido y opaco, rodeado de una atmósfera líquida y brillante, que por efecto de un movimiento ondulatorio dejaba descubierto algunas veces el núcleo oscuro; y Lalande suponía que esta atmósfera era atravesada por enormes y puntiagudas rocas, que saliendo fuera de ella producían las manchas.

Gascoigne rodeaba el centro luminoso del Sol de una porción de cuerpecillos sumamente ligeros y casi diáfanos, que giraban con diferentes radios y velocidades á su alrededor: uno de estos cuerpos no era suficiente para ocultar la luz del sol; pero cuando se colocaban en línea recta dos ó tres producían una mancha.

Derham y Wollaston creían que las manchas eran ocasionadas por el humo y las escorias de erupciones de grandes volcanes. Las lavas y las corrientes líquidas y abrasadas que sucedían á la erupción eran causa de las fáculas.

Galileo dotaba al Sol de una atmósfera cuyas nubes ocultaban alguna vez su luz; Hevelio, combatiendo la creencia peripatética de que los astros eran incorruptibles, suponía que en esta atmósfera se verificaban fenómenos de corrupción, composición y descomposición, así como los que se verifican en la nuestra. Scheiner hacia de esta atmósfera un océano de fuego que tenía corrientes tumultuosas, olas, abismos y escollos.

Wilson fue el primero que indicó la esplicacion que hoy admiten generalmente los astrónomos. Como hemos dicho en el artículo anterior, la observación de las manchas solares demuestra que son escavaciones en el fondo de las cuales se encuentra el núcleo. Wilson creía, pues, que el Sol era un cuerpo opaco que despidiendo algunas veces, y por efecto de causas desconocidas, un fluido elástico separaba la atmósfera luminosa. Bode perfeccionó esta teoría con objeto de explicar la penumbra, suponiendo que el núcleo opaco tiene como la tierra montes y llanuras, mares y ríos, y está rodeado de una atmósfera de nubes que le separa de la otra en que residen las propiedades luminicas y caloríficas. De este modo se explica la formación de la penumbra por la atmósfera nebulosa, y la mayor ó menor oscuridad de la mancha por el sitio descubierto del núcleo, que puede ser un mar ó una montaña.

Bode explica también las fáculas por las ondulaciones que forma el fluido luminoso, presentándose mas ó menos brillante, así como sucede con las olas del mar.

W. Herschel dió un gran paso en esta esplicacion satisfactoria. Según el célebre astrónomo inglés, la mate-

(1) Véase el número anterior.

ria luminosa del Sol no es líquida ni elástica, porque en este caso ocuparía inmediatamente el vacío producido por la emanación interior. Supone como Bode, que hay en el núcleo solar una elaboración continua de una materia poco densa que se eleva á ambas atmósferas; cuando esta materia es poco abundante se subdivide en partes pequeñas, y forma al salir á la superficie los poros de que ya hemos hablado, y entrando en composición con los elementos fósforicos por medio de una acción química, produce un desprendimiento de luz que forma las arrugas brillantes. En cuanto á la causa desconocida de la luz solar, supone que debe tener gran analogía con las auroras boreales que se observan con frecuencia en los países del Norte.

Esta atmósfera luminosa ha recibido de los modernos el nombre de *fotosferio* (esfera de luz). Arago ha hecho grandes investigaciones y estudios para llegar á conocer su naturaleza, y de ellos ha deducido, que es una masa gaseosa, lo que ha comprobado despues usando anteojos polariscopos.—Sin embargo, acerca de este punto, solo puede decirse casi con seguridad, que no es un cuerpo sólido, porque este no puede prestarse á las grandes y continuas mutaciones que se observan en el disco solar.

Pero ¿cuál es la causa del calor y de la luz que derrama en tan dilatado espacio el centro de nuestro sistema planetario? ¿Es producto de una continua acción química que se está ejerciendo hace miles de años, y concluirá convirtiéndose el Sol en una escoria y dando fin con nuestro sistema? ¿O es una emanación no interrumpida de átomos impalpables que irán disminuyendo, segun la creencia de Newton, el volumen y calor del Sol hasta que se estinga completamente? ¿O una especie de luz eléctrica que reconoce por causa un fluido semejante ó idéntico al que tantas maravillas está produciendo en nuestro globo?

Lo ignoramos; pero creemos que esta última conjetura, indicada hoy solo por aquellos que buscan un principio único para explicar multitud de fenómenos físicos, entre ellos los caloríficos y lumínicos, está llamada á tener muchos prosélitos con el tiempo.

No podemos conocer la intensidad absoluta de la luz solar; ni tampoco es la misma en todos los puntos del disco. Los astrónomos han gastado mucho tiempo afirmando ó negando por medio de observaciones delicadas, este hecho que hoy ha demostrado el daguerrotipo. Al escribir estas líneas, tenemos á la vista una imagen fotográfica del Sol, de cuatro pulgadas de diámetro, obtenida en $\frac{1}{60}$ de segundo, en la cual se ve claramente que la intensidad de la luz es un poco mayor en el centro.

Esta intensidad solo podemos apreciarla en la tierra, es decir á una distancia de 27 millones de leguas del foco luminoso. Pues bien, cualquier luz de las que usamos puesta delante del disco solar desaparece, viéndose solo el pábulo negro como si estuviera apagada; la luz eléctrica cuya intensidad es la quinta parte de la del Sol, es la única que no desaparece, y como la producida por una pila regular equivale á la de 3,000 bujías, se deduce que la luz solar en la tierra, es próximamente igual á la que difundirían 15,000 bujías ó 1,670 mecheros de gas reunidos.

Tampoco el calor que producen los rayos solares, es uniforme; los que parten del centro son mas intensos. Esta observación y la variación de la aguja magnética por la influencia de las manchas solares, confirmada por el célebre astrónomo de Roma el P. Secchi, es de esperar que lleguen á adquirir mucha importancia cuando sean mejor conocidas.

Muchos astrónomos creen, que en el núcleo del Sol, debe espermentarse una temperatura muy baja, porque al parecer la primera atmósfera formada de nubes muy densas, tiene una gran potencia reflexiva. Bontigny ha querido hacer una miniatura del Sol, por decirlo así, tomando una esfera de metal puesta al fuego hasta el calor blanco; llenándola de ácido sulfuroso anhídrido, y colocando un termómetro en el centro de ella y otro á alguna distancia de su superficie. El primero marca 11 grados bajo cero, y el segundo llega á señalar 300 y se rompe.

Esta observación nos permite creer, que el Sol está habitado. La astronomía moderna ha encontrado grandes analogías entre la tierra y los demás cuerpos celestes, que la han llevado á suponer la existencia de seres vivientes en todos ellos. Es de observar además, segun dice un sabio español, que no puede suponerse que Dios haya creado tantos millones de astros sin mas objeto que marcar las estaciones y agrandar á la vista del hombre; y por otra parte todos los pueblos así antiguos como modernos, han creído por una especie de tradición, que los astros están habitados.

Sin embargo, cuando el célebre doctor Elliot fue acusado ante los tribunales por un asesinato que habia cometido, su defensor trató de probar, que no podia estar en su juicio cuando habia escrito que el Sol estaba habitado.

Lo único que en este punto podemos decir, es que si efectivamente hay habitantes en el núcleo solar, estos deben ser de una naturaleza enteramente distinta de la nuestra, y que alumbrados siempre por el fotosferio no conocerán la oscuridad de la noche.

FELIPE PICATOSTE.

LA CAPILLA NEGRA.

I.

Existe en la imponente iglesia de Nuestra Señora de París, una sombría capilla de maciza arquitectura, casi abandonada, de aplañada techumbre y de luces escasas. Parece que ha sido olvidada por los hombres, ó que es temida por algun acontecimiento extraordinario. Llamábanla y la llaman la *Capilla Negra ó del Condenado*.

Antes que sufriese esta magestuosa catedral *Los tres linages de ruina que desfiguraron actualmente la arquitectura gótica*, como dice Victor Hugo al hablar de esta iglesia, sentábanse las viejas y las beatas que iban á visperas en el tramo de la capilla que nos ocupa, derramaban en su interior una mirada recelosa, y en seguida se contaban en voz baja una historia terrible que las hacia temblar.

El tiempo y la época encerraban en su seno supersticiones y noticias maravillosas, y de aquí el que la *Capilla negra* fuese famosa para las honradas gentes de la edad media.

Si tuviéramos que sondear el origen de este apodo fático, lucharíamos sin duda con la fabula y la historia, con la crónica y el romance, con un rayo de luz y un torbellino de tinieblas, donde tendríamos que confundir la razon con la ignorancia, y la verdad con la superstición.

Las creencias populares, acaso el fanatismo de una generación ignorante donde brotaban algunos genios que iban á oscurecerse en un claustro, ó tal vez historiadores poco pensadores, dieron margen á cuentos y supercherias que despues se arraigaron en el corazón del vulgo y se transmitieron á la posteridad como hechos positivos.

Esto es lo que debió suceder con la capilla que nos sugiere este artículo, ó tal vez que un pensamiento filosófico y moral fuera el creador de tal invento para corregir las bárbaras costumbres de los siglos medios.

¿Quién es capaz de averiguar las tendencias de aquellos hombres sepultados en una celda; la influencia de una civilización esclava, confundida, aplastada bajo las llantas de bronce de las leyes caballerescas ó de las costumbres feudales? ¿Quién el que despues de revolver los escasos manuscritos y crónicas de aquella edad puede deducir con exactitud la verdad pura, exacta, sin mezcla de ninguna clase, de una historia que caminaba cargada de cadenas, espantada con el ruido de las batallas, asombrada con tantos torreones, sin risa, sin vida propia y sin hombres que le diesen la mano para arrancarla de tanto abandono?

Tenemos que hacer otras reflexiones en salvedad de lo que vamos á escribir, y mucho mas, cuando el hecho radica en un país donde todo ha caminado mas adelantado que ningún otro. Hablamos de la Francia.

Ocupada la España por los mahometanos, no habíamos tenido tiempo para crear una historia; pero la Francia habia principiado su obra y habia entrado en ella por la puerta de la mentira y de las supersticiones.

Tal es el principio de todos los pueblos. Los cronistas franceses, mas exagerados que los alemanes, quisieron revestir con una mitología fantástica la vida de todos sus reyes, la erección de todos sus monumentos y el clásico principio de sus grandes épocas.

Esta es la razon por que se nos ha transmitido la célebre historia de Carlo Magno; por que aun se conservan noticias de la horrible vision de Carlos II el Calvo; por que vemos atormentarse á Carlos el simple bajo el poder del demonio, y por que sale una horrible serpiente de la tumba de Carlos Martel al hacerse la exhumación de su cadáver por Dionisio el cartujo.

Seria tarea de mucho tiempo, estudio y despacio, manifestar los infinitos ejemplos que acuden á nuestra mente, si nos propusiésemos probar los sueños deliciosos y extravagancias de las historias.

Nos limitaremos á la Capilla Negra.

II.

Raimundo Dioces, canónigo de la catedral de París, murió en opinión de santo por los años de 1084.

Se habia distinguido en la calle por la mansedumbre, en el templo por su fe, en el púlpito por la sabiduría, en las aulas por sus esplicaciones.

Los estudiantes de París se apoyaban en las columnas de la vieja catedral el día que Dioces debia predicar; las viejas besaban la orla de su túnica, los doctos se precipitaban bajo las sombras del coro para escuchar al hombre célebre de aquella época, y todo el pueblo salia edificado de sus sermones y de su elocuencia.

En unos tiempos tan oscuros, Raimundo Dioces era, por decirlo así, el único que derramaba la luz de la inteligencia en su auditorio.

Habia entre sus oyentes algunos jóvenes, acaso los mas calaveras de París, que dejaban las universidades cuando el canónigo debia subir al púlpito.

Estos jóvenes le escuchaban con fe y entusiasmo, y mas de una vez llamaron la atención de Dioces.

El día de su muerte fue un día de luto y desconsuelo para toda la ciudad.

Cerráronse las aulas, los bedeles de la universidad

corrieron al templo y á la casa mortuoria para ver al santo canónigo; el obispo dispuso asistir al entierro, y todo aquel numeroso concurso que admiraba las galas de su lenguaje y le oía con la mayor edificación, acudió á tributarle el último homenaje bajo las bóvedas de la catedral.

Raimundo Dioces estaba depositado en una capilla de la misma.

Envuelto en el blanco trage sacerdotal, parecia que el negro barniz de la muerte mas bien que el soplo blando de la beatificación, contraía y desfiguraba de un modo horrible su fisonomía.

Llegó la hora de la fúnebre ceremonia.

Las campanas lanzaban plañideros sonidos y recorrían escalas rápidas y tristes que penetraban por las ventanas de la catedral; amarillos blandones derramaban una luz pálida en torno del pueblo y del respetable cabildo que cantaba profundamente los salmos de la muerte.

Cerca del ataud un grupo de jóvenes, los mismos que en otros días habian llamado la atención de Dioces, observaban en silencio ora el cadáver, ora el entierro.

Una nube de incienso subia en espirales hácia las negras ojivas, mientras los sochantres, monaguillos y sacerdotes se iban acercando á la capilla donde dormia el último sueño del canónigo.

Se iba cantando el capítulo trece del libro de Job.

Ya todos estaban enfrente del ataud.

El coro decia:

Manum tuam longè fac à me, et formido tua non me terreat.

Voca me, et ego respondebo tibi: aut certè loquar, et tu responde mihi.

¿Quantas habes iniquitates et peccata?

En aquel mismo instante vióse con asombro general que Raimundo, sacudiendo los ligamentos de la mortaja, se incorporó en el ataud y contestó:

—Justo juicio Dei accusatus sum. (He sido citado ante el recto tribunal de Dios.)

El concurso espantado retrocedió ante aquel espectro que se levantaba, y ante aquella voz pavorosa que esparcía el hielo de la muerte en todos los corazones.

El cadáver, luego que hubo contestado, se tendió en el fúnebre lecho.

El obispo y el clero dispusieron, que el cuerpo de Raimundo Dioces quedase depositado en la capilla hasta el día siguiente.

Empezóse el oficio luego que hubo pasado el plazo, y al llegar al mismo versículo, cuando el preste entonó con voz trémula el *Responde mihi*, levantóse de nuevo el canónigo, y con una voz mas horrible que la del día anterior contestó:

—Justo juicio Dei judicatus sum. (Por el recto juicio de Dios soy juzgado.)

Suspendiéronse de nuevo las ceremonias fúnebres, y se aplazaron para el día inmediato.

A la tarde siguiente levantóse Raimundo cuando se le dirigieron las mismas, y con un indecible terror de los circunstantes exclamó:

—Justo juicio Dei condemnatus sum. (He sido condenado por el recto juicio de Dios.)

Entonces refiere la crónica, que el cadáver fue arrojado en un muladar por ser indigno de que se enterrase en tierra sagrada, perdiendo el perfume de santidad, con que habia sido considerado.

De este hecho extraordinario nació el título que recibió la capilla donde estuvo depositado, pues desde entonces llamóse la Capilla Negra ó del Condenado. Los jóvenes que con tanta fe habian asistido á los sermones y funeral del canónigo, se retiraron del bullicio del mundo.

San Bruno fue el jefe de ellos, y de aquí brotó el orden de los cartujos.

La Saur, uno de los mas célebres pintores de Francia, se apoderó de este acontecimiento y pintó de un modo admirable, tanto la muerte horrible del canónigo, cuanto la sublime vida del santo.

TORCUATO TARRAGO Y MATEOS.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

I.

El 1.º de mayo de 1814, fue quizás uno de los días mas hermosos, mas esplendentes y perfumados de cuantos han saludado las golondrinas en los viejos torreones de Tarragona, al volver á instalarse en ellos despues de su expedición anual á Africa.

Era, pues, el 1.º de mayo de 1814, día de San Felipe y Santiago, apóstoles; y como todos los años, las aves de Cristo llegaban por parejas en busca del templo de sus pasados amores, alegrando con sus cantos de júbilo mas de un hogar triste y abandonado.

El mar, des poblado de bageles, estaba terso y azul como el mismo cielo. El campo, que tanta sangre habia tragado hácia muy pocos meses, sonreía bajo las caricias del sol, ostentando sus tesoros de flores y verdura. El aire, embalsamado y tibio, repetía los placidísimos rumores de una naturaleza feliz y sosegada....

Quince días habrían pasado apenas desde que la paz reinaba en España, despues de seis años de horrible lú-

cha. La guerra de la Independencia, la epopeya de la moderna España, había terminado completamente. Los generales de Napoleon habían huido uno detrás de otro á esconderse en el Pirineo. Las derrotas sufridas en los Arapiles, Castalla, Vitoria y Tolosa, habían hecho comprender á los franceses que nunca serian dueños del territorio español. ¡Ya no había en toda la Península ni un solo soldado extranjero!

Nuestra desagrada y hambrienta patria descansaba al fin á la luz de aquel sol esplendoroso, como un convaleciente que abandona el lecho despues de luchar largo tiempo con la agonía... ¡Momento melancólico y sublime! Las campanas llamaban de nuevo á los fieles á las incendiadas y saqueadas iglesias... El humo de los ensangrentados hogares volvia á elevarse al cielo por la serena atmósfera... Los cantos nacionales estremecian otra vez el viento... El esforzado patriota soltaba las armas y tornaba á sus trabajos, consolándose de haber perdido hijos, hermanos y padres, á la sola idea de que había conservado el suelo que les vio nacer y morir! —¡Todo era, en fin, santa tristeza y patético alborozo desde San Sebastian á Cádiz, desde la Coruña hasta Gerona; todo era referirse las grandes hazañas de una y otra provincia, de una y otra ciudad, de una y otra aldea, empeñadas de consuno en sacudir el yugo extranjero; todo era dar gracias á Dios por la victoria, conmemorar religiosamente los difuntos; restañar la sangre de las heridas abiertas en los grandes intereses de la nacion, y reedificar ciudades ó construirlas de nuevo, con la esperanza de alcanzar en ellas mejores días!

II.

En la mañana citada, dos jóvenes, un bizarro mancebo y una hermosísima dama, ambos de veinte y tres ó veinte y cuatro años de edad, vestidos con sencillez y buen gusto, como gentes acomodadas de la clase media, salian de la iglesia de Santo Domingo de Tarragona, donde acababan de velarse.

El mismo sacerdote que les casara la semana anterior, les acompañaba ahora amigablemente, yendo tan contento y ufano entre los dos enamorados esposos, como si estos le debiesen toda su ventura.

Mucha le debian: Clara y Manuel, que así se llamaban sus feligreses, habían perdido sus respectivas familias el día 28 de junio de 1811, cuando el general Suchet tomó por asalto á Tarragona. Posteriormente, al fin de la campaña de 1813, Suchet, perseguido, pasó por la misma ciudad, y voló sus fortalezas y algunas casas, siendo una de estas la del escribano que guardaba todos los títulos de las propiedades de Manuel, fugitivo á la sazón con Clara y con su madre. En uno y otro tremendo día, habían perecido mas de la mitad de los habitantes de Tarragona; de modo que cuando el pobre huérfano volvió en busca de su casa y de sus bienes para ofrecérselos á aquellas dos mujeres desvalidas, encontráse con que no era posible identificar su persona, ni menos acreditar su derecho á la hacienda de sus padres. Entonces apareció en la arruinada ciudad aquel virtuoso sacerdote con quien le encontramos, el cual le conocia desde que nació, puesto que fue siempre cura de su parroquia, y le había bautizado y dado enseñanza... Manuel, que ya pedia limosna, fue rico al día siguiente de tan dichoso encuentro. Pocos días despues, se verificó su matrimonio con Clara. En cuanto á la madre de esta, ya aparecerá en el curso de nuestra breve y verídica historia.

III.

—Con qué, vamos, hijos míos; decidme... ¿de qué se trata? preguntó el sacerdote á la puerta de la iglesia.

—Nada, señor cura, dijo Clara con tristeza: tenemos un secreto que confiar á V.

—Un secreto... ¡á mí! ¿Pues no habeis confesado conmigo esta mañana?...

—Sí, señor... respondió Manuel con mayor tristeza todavía; pero nuestro secreto no es un pecado.

—¡Ah! ¡Ah! eso es otra cosa, replicó el anciano.

—Al menos, pecado nuestro... balbuceó la desposada.

—Ya decia yo que habria algo malo en el asunto, cuando acudíais al pobre viejo. Veamos... ¿A qué se reduce todo?

—Habla tú, dijo Clara á su marido.

—Nada... Venga V... La mañana está hermosa, murmuró este; daremos un paseo corto, y en el mismo sitio le diremos lo que sucede.

—¿En qué sitio?

—Nada... Venga V., repitió Clara, tirando del manto al padre cura.

Este se prestó gustoso al deseo de los dos jóvenes, y salieron de la ciudad.

Como á unos mil pasos de ella, y en la orilla misma del Francolí, se paró Manuel diciendo:

—Aquí era...

—No... no... replicó Clara. Fue mas allá...

—En efecto... Fue en aquel recodo, donde se ve á una mujer sentada en el suelo.

—¡Cállala... pues si aquella mujer es mi madre!

—¿Cómo? ¡Tu madre!

—Sí... no tengo duda. Esta mañana salió de casa como todos los días sin permitir que nadie la acompañara... ¡y mira á dónde se viene la pobre!—No lo estra-

ñe V., señor cura; ya sabe V. que la infeliz está mala de la cabeza... Desde aquella noche, su razon padece frecuentes estravíos.

En esto llegaron nuestros tres personajes al lado de una mujer que efectivamente se hallaba sentada en el suelo, á la orilla del agua, con los ojos fijos en las ondas fugitivas del Francolí. Erase una anciana de venerable porte, de severa y enjuta fisonomía, negros los ojos y blanca la poblada cabeza; una madre catalana, en fin, tan enérgica como dulce, tan cariñosa como soberbia.

—¡Qué hermoso día, madre! le dijo Clara para distraerla y en tanto que la abrazaba.

—Hija ¡qué horrible noche! respondió la pobre loca.

—Verá V., señor cura, cómo sucedió todo, dijo Manuel haciendo un esfuerzo y apartando un poco al sacerdote del grupo de las dos mujeres.

IV.

«Ahí... en esas ondas... prosiguió Manuel; que tanta sangre han arrastrado durante cinco años, yace, señor cura, un mártir de la independencia española, muerto á los quince meses de nacer... y á quien, sin embargo, deben la vida y la felicidad estos dos corazones que ha unido V. para siempre.—De la madre de Clara no hablo, porque si bien le debe tambien la vida á aquel santo niño, mas le valiera haber perecido con él... ¡Ya ve V. cómo se encuentra la desgraciada!

¡Se asombra V., padre mio, de que á los quince meses de edad pudiera la inocente criatura hacer tanto bien á su familia!.. Lo comprendo... ¡Yo tambien, no solo me asombro, sino me avergüenzo!... ¡Pero ya ve V. cómo quedé aquella noche!

(Así diciendo, mostró Manuel al párroco la mano derecha, horriblemente desfigurada por una larga y profunda cicatriz.)

¡A los quince meses! ¡sí!..—Murió á los quince meses, y su vida no fue estéril, no fue inútil... ¡Muchos viven largos años sin merecer tanto bien de su generacion! ¡Dios le tendrá, sin duda alguna, al lado de los mártires y de los héroes!

Ya sabe V. lo triste que fue para Tarragona el día 28 de junio de 1811.—Sin embargo, V. se hallaba prisionero desde el asalto del 4 de mayo, y no vió todo el horror de la toma de la ciudad. ¡No vió morir á cinco mil españoles en diez horas: no vió incendiar casas y templos; no vió asesinar inermes ancianos y flacas mujeres; no vió atropellado el pudor de las vírgenes, la majestad de las madres, el voto de las religiosas!.. ¡no vió el robo y la embriaguez confundidos con el amor y la matanza; no vió, en fin, una de las mayores proezas del vencedor del mundo, del héroe de nuestro siglo, del semi-dios Napoleon!

¡Yo lo vi todo!.. ¡yo vi á los enfermos salir del lecho de agonía, arrastrando las sábanas como un sudario, y perecer á manos de un soldado extranjero sobre el umbral de la misma alcoba en que penetró el día antes el Viático! ¡Yo vi tendida en una calle á una mujer degollada, y á su lado el tierno infante que mamaba todavía del pecho de su madre muerta! ¡Yo vi al esposo maniatado presenciar la profanacion del lecho nupcial, y á los niños que lloraban en torno de tanto horror, y á la desesperacion y á la inocencia apelando al suicidio, y á la impiedad escarneciendo los cadáveres!

Mi padre y mis hermanos murieron aquel día de trisísima memoria. Herido yo en la mano derecha, inútil para la lid, refugiéme en casa de Clara, que era mi novia. Esta, llena de angustia y miedo, hallábase al balcon, temiendo por mi vida, y arriesgando la suya con tal de verme si pasaba por la calle. Entré... ¡Los que me perseguian, la vieron!—¡Era tan hermosa!—Un ruido de salvaje alborozo y una brutal carcajada saludaron á la beldad. Un minuto despues, el hacha y el fuego derribaban nuestra puerta... ¡Estábamos perdidos!

La madre de Clara, llevando en sus brazos al desventurado niño que yace bajo esas ondas, se encerró con nosotros en la cisterna de la casa, que era profundísima y estaba seca á causa de no haber llovido hacia muchos meses. Aquel niño, Miguel, era hermano de Clara... el hijo menor de la que la guerra acababa de dejar viuda. Dentro del pozo, podíamos salvarnos los cuatro... ¡Nos habíamos salvado ya!.. ¡Nadie podia imaginarse que estuviésemos en aquel sitio!.. Los franceses creyeron que habíamos huido por los tejados... Así lo decian entre horrosos juramentos, mientras descansaban en aquel fresco patio, en medio del cual se hallaba la cisterna... Sí... ¡nos habíamos salvado!

¡Clara me vendaba la herida... su madre daba el pecho á Miguel, y yo temblaba con el frio de la calentura!

En esto comprendimos que los franceses, devorados de sed, trataban de sacar agua del pozo... ¡Figúrese usted toda nuestra agonía en aquel instante!..

Hicimosnos á un lado y dejamos bajar el cubo hasta dar en el suelo...

Ni respirábamos siquiera.

El cubo volvió á subir...

—Está seco, dijeron los franceses en su idioma...

—Arriba habrá agua, exclamó uno.

—¡Se marchan! pensamos Clara, su madre y yo.

—¡Si estarán aquí dentro? exclamó una voz en catalán...

¡Era un afrancesado... señor cura! ¡Era un español el que nos perdía!

—Es imposible, replicó el francés.—No hubieran podido bajar...

Ellos ignoraban que en la cisterna se penetraba por una mina, cuya puerta habíamos cerrado al entrar, y no abríamos ahora porque hacia mucho ruido.

De cualquier modo, aquella conversacion pasaba en el brocal de la cisterna.

En esto, echóse á llorar Miguel...

Pero no bien había articulado el primer grito, cuando su madre sofocó aquella voz que nos vendia, estrechando contra su pecho la cara del tierno infante.

—¿Habeis oido? gritaron arriba.

—Yo no, respondió el otro.

—Escuchemos...

Pasaron dos horribles minutos...

Miguel pugnaba por llorar... y cuanto mas lo sofocaba su madre, mas se enfurecia y se retorcia entre sus brazos...

¡Pero no se oyó ni el mas ligero suspiro!

—Será el eco, exclamaron los franceses.

—Eso será, repitieron alejándose.

El ruido de sus pasos se apagó lentamente á todo lo largo del patio...

Miguel no lloraba ya...

¡Estaba muerto!

V.

—¡Señor cura! ¡Señor cura! gritó en esto la madre de Clara interrumpiendo á Manuel... ¡Diga Vd. que es mentira! ¡Yo no he matado á mi hijo! ¡Lo mataron ellos! ¡Lo maté yo por librarlos! ¡Se murió él por librarlos á todos!—¡Ah! señor cura; perdóneme Vd... ¡Yo no soy una mujer mala! ¡Yo me he vuelto loca por mi Miguel, por el hijo de mi vida!.. ¡Yo no soy una mala madre!

—Señor cura, dijo Clara; le hemos traído á Vd. hasta aquí para que bendiga ese agua en que arrojamus el cadáver de mi hermano, cuando huimos de Tarragona la noche del 28 de junio de 1811.

—¿No es verdad que Miguel estará en el cielo, señor cura? preguntó Manuel enjugándose las lágrimas.

—Sí, hijos míos... respondió el sacerdote. ¡Yo os lo digo en nombre de Dios, y en nombre de la patria!—Y Vd., hermana mia... No llore... continuó dirigiéndose á la anciana. Dios bendice el martirio que Vd. sufre, como yo bendigo al inocente niño que lo causó. En el cielo encontrará á su hijo y con él la alegría de su alma. En cuanto á vosotros, que tan felices podeis ser sobre la tierra, no olvideis que comprásteis vuestra dicha al precio del tormento de los demás. ¡Atormentaos tambien por vuestro prójimo cuando os necesite!

Así dijo el sacerdote, y á la luz del sol, en medio de los campos, al son de la música de las aves, en el templo de la naturaleza, en fin, bendijo aquellas puras aguas, sepulcro del niño venturoso que fue el *Angel de la Guarda* de su familia.

P. A. DE ALARCON.

EL RASTRO DE MADRID.

La primera vez que vine yo al Rastro (y digo *vine* porque actualmente somos vecinos, y ya nos conocemos bastante) era una hermosa mañana de abril, en la que el cielo risueño, azul y transparente, parecia que derramaba todos los esplendores de su luz, y el aire del campo (que al lejos distinguia como una alfombra de verdura) todo su tibio y perfumado aliento sobre este punto de Madrid que me habían pintado con negros y tristísimos colores. El Rastro, plazaleta irregular, comprendida entre las calles de los Estudios de San Isidro, Maldonadas, Embajadores, Ruda y Ribera de Curtidores, (que en realidad tambien forman parte de él, y especialmente la última) apareció á mis ojos como el mercado mas alegre, mas bullicioso y mas concurrido de la coronada villa, disipando las nubes que había levantado en mi cerebro la relacion de lo que debía presenciar en este sitio.

Un amigo, algo misántropo, me había asegurado que el Rastro era una especie de cementerio, en cuyos nichos venian á depositarse tarde ó temprano los últimos restos del lujo y de la miseria cortesana.

Segun las frases hiperbólicas de otro, poeta por mas señas, que acababa de leer al Dante, era la *antesala de la muerte*, y opinaba que, para aviso y escarmiento de las gentes, debía ponerse á su entrada la terrible inscripcion de la Divina Comedia: *Lasciate ogni speranza voi h' intrate*.

Pregunté á un hombre de negocios, y me respondió que era la *Bolsa de la miseria*.

Un médico lo comparaba á un *cáncer*, y las calles adyacentes á otras tantas raíces del mismo tumor, las cuales, ramificándose imperceptiblemente y hasta el infinito, penetraban con diversos nombres en el corazón de la capital.

Un filósofo pesimista lo definia de la manera siguiente: «El Rastro es el Madrid verdadero, el Madrid desnudo, el Madrid que, arrojando la careta que le cubre y despojado del traje del Carnaval cotidiano, va á sentarse pensativo, solitario y angustiado allí, en aquel mulada



ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—UN MOLINO DE PEAFORT (PRUSIA).—CUADRO DE D. CARLOS DE HAES.

hediendo, como un leproso, enseñando al cielo las llagas profundas que corren sus miembros podridos, semilleros inagotables de gusanos. Y en seguida me recitó estos versos del libro de Job: (1)

Aun mi propia mujer huyó mi aliento, con asco, y mis brazos, y rogada no quiso en su regazo darme asiento.

Los que antes eran del secreto mio abominan de mí; y estos preciados amigos, me maltratan con desvío.

Mis huesos al pellejo están pegados, y ya de consumido, brotan fuera los dientes sobre el cuero señalados.

¡El Rastro! Desde mi llegada á Madrid estaba zumbando en mis oídos esa palabra fatídica, lúgubre, pavorosa, que, á mi juicio, compendia todos los desas-

(1) Trad. por Fr. Luis de Leon.

tres, todos los desengaños, todos los dolores, todas las agonías supremas, conocidas ó ignoradas, de la vieja metrópoli de dos mundos.

Yo veía levantarse de la noche á la mañana teatros y estatuas, palacios y fuentes, jardines y paseos; construirse calles enteras; abrirse al comercio, á la industria y á las artes magníficos establecimientos, y pensaba con asombro:—¿Es posible que cuando todo en la corte se renueva ó varía, solamente el Rastro conserve la fisonomía peculiar característica, con que le conocieron nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Estará ahí el Rastro como un consejo saludable y elocuente, como una amenaza sombría, como un faro salvador, ó como una de esas cruces negras que vemos á orillas de los caminos, en memoria de crímenes atroces, para que recemos un *Padre nuestro* por las víctimas y huyamos presurosos del lugar de la catástrofe?

El espectáculo que yo presenciaba, contradecía semejantes ideas.

Una plazuela abundantemente surtida de los artículos mas necesarios á la vida; carnes de vaca, de cerdo y de

ternera; caza, pescados, legumbres y frutas; una mesa, donde se despachaba café; otra donde vendían leche; una multitud vocinglera, que se codeaba, pisaba y estrujaba, porque no cabía en tan estrecho espacio; señoras, aunque pocas; criadas muchas; aguadores y asistentes de tropa; desocupados y curiosos de ambos sexos; puestos humildes, pero limpios, de loza basta, cristalería, pañuelos, calcetines de algodón, medias de lana y otras menudencias del comercio ordinario; alguna rabanera; tal cual muchacha con olorosos ramilletes de rosas, dalias, albahaca, yerba luisa y claveles... Hé ahí, en globo, el Rastro, segun se me ofreció al primer golpe de vista, causándome una sorpresa tanto mas agradable, cuanto que, fuera de algunas exclamaciones groseras ó agudezas desvergonzadas, oí diálogos que revelaban el gracejo natural de los hijos de Madrid, pintado con singular maestría por el valiente pincel del Goya de nuestra literatura, el ingenioso don Ramon de la Cruz, en sus populares *Sainetes*.

—Soy nuevo en la corte (me dije), y mis amigos pretenden sin duda divertirse á mi costa: el Rastro de que

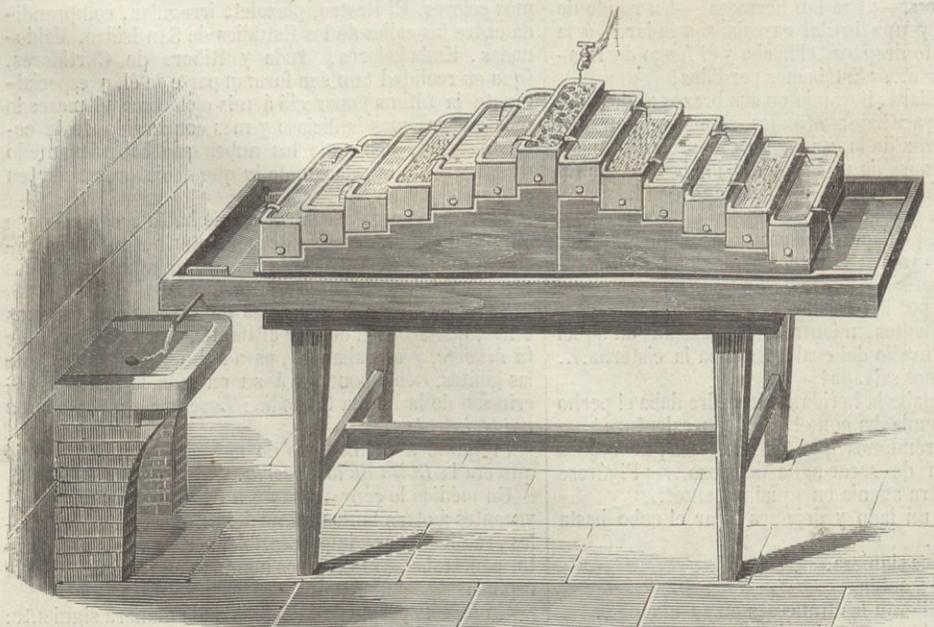


Fig. 5.—Aparato, mientras está funcionando, del colegio de Francia para el nacimiento de los peces.

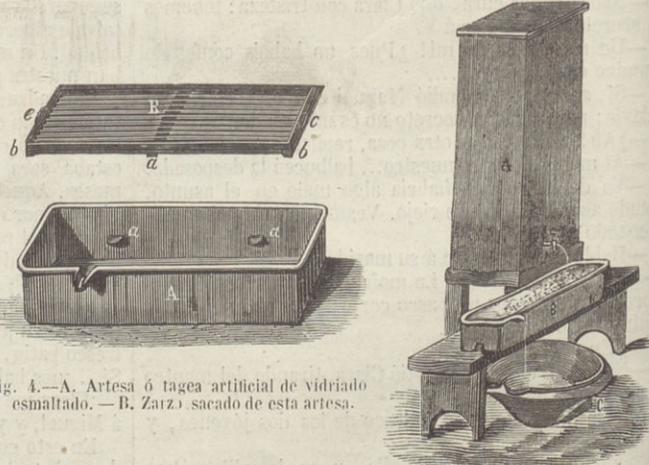


Fig. 4.—A. Artesa ó tacea artificial de vidrio esmaltado. — B. Zarzo sacado de esta artes.

Fig. 8.—Aparato simple para el nacimiento de los peces.

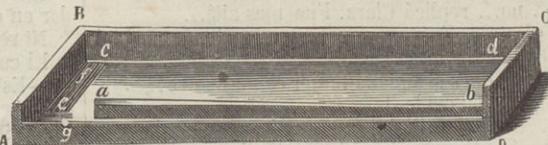


Fig. 6.—Artesa en que descansa el aparato del colegio de Francia. La pared anterior A D se supone cortada.



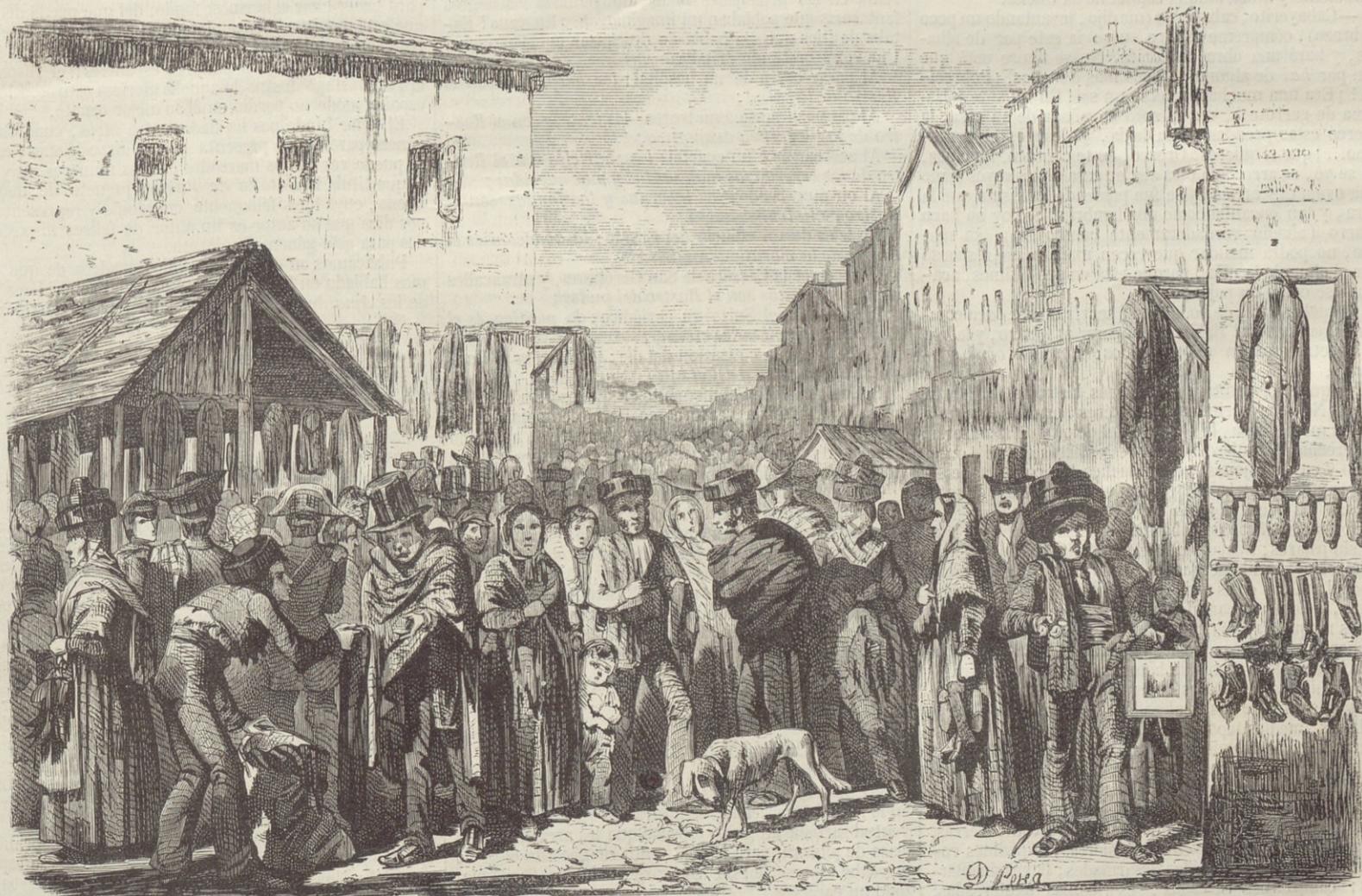
ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—LOS AMANTES DE TERUEL.—C. ADRO DE D. JUAN GARCIA MARTINEZ.

me han hablado es un ente que no existe, un fantasma imaginario, un espectro abortado por el delirio, un mito medroso en el cual, escritores visionarios, estraviados por una aberracion mental lastimosa, ó idólatras ciegos de tradiciones sin origen cierto, han querido, no sé por

qué razon, ni con qué fundamento, personificar el trágico fin de todas las grandezas y de todos los placeres.

El sol, en tanto que yo así discurría, continuaba derramando su luz, que acaso un poeta pobre hubiera llamado lluvia de oro, por aquélló de: soñaba el ciego que

veía: de vez en cuando algunos pajarillos, revoloteando sin direccion fija, se posaban en los aleros de los tejados ó en los hierros de los balcones adornados con tiestos llenos de enredaderas y flores, y saludaban con tiernos píos la venida de la primavera; por otra parte, el alegre



EL RASTRO DE MADRID.

vocerío del mercado hubiera sido suficiente para disipar las melancolías del hombre mas tétrico del mundo.

Ya iba yo á calificar de calumniadores al misántropo, al poeta, al médico, al hombre de negocios y al filósofo, cuando héte aquí que, abriéndose paso por entre la apiñada concurrencia, atravesó el Rastro, entre cuatro soldados y un cabo, una docena de mozos (de niños, mas bien), lugareños; unos en mangas de camisa y con pañuelo á la valenciana en la cabeza; otros con chaquetilla, faja y calañés adornado de lazos y escarapelas de seda; pero todos cabizbajos, silenciosos, tristes como si les llevaran al suplicio; los cuales habian caido quintos en el último sorteo. Venían de la calle de Embajadores, y al entrar en la de las Maldonadas, un moceton alto y musculoso como un Hércules, que cerca de mí estaba, les dijo, lanzando una risotada:

—¡Mira qué alegres que van! ¡Animo, hijos míos, que ya poco os falta para tomar la licencia!

Este sarcasmo brutal me recordó los funestos precedentes del sitio en que me hallaba, y despues de una serie de racionios incoherentes, confusos, tumultuosos, mi imaginacion impulsada por una fuerza desconocida é irresistible, me transportó al seno de las familias de aquellos infelices; y ví madres sin hijos, hermanos sin hermanos, padres sin apoyo, hogares frios y abandonados, campos estériles, amores sin consuelo; y oí suspiros, y sollozos y lamentos, y oraciones que no seogaban el mar de lágrimas que vertian tantos desventurados.

Una jóven, bien parecida, que estaba dando el pecho á un niño, oyendo la exclamacion estúpida del jayan, dijo:

—¡Calla esa boca! Anda, malas entrañas, que no tienes corazon.

E inclinando su rubia cabeza comenzó á besar á la criatura que estrechaba en sus brazos, añadiendo con reconcentrada amargura:

—¡Y para eso damos á nuestros hijos la sangre de nuestras venas!

Desde este instante la escena varió á mis ojos. Miré á la derecha, y ví á una mujer andrajosa, trémula, encorvada que, semejante á una vid seca, llevaba colgados de sus hombros, columpiándose bruscamente, dos racimos de botas y zapatos de cabra, de becerro, de charol, de paño, de raso y de satén, pero rotos, sucios, remendados, faltos de tacones, ó de cañas, ó de suelas. Cubria la cabeza de la siniestra aparicion un calañés nuevo, *al parecer* (porque en el Rastro, como en literatura, nada puede asegurarse que sea nuevo), y encajado encima de él, siguiendo un órden gerárquico riguroso, un sombrero de copa alta, sin alas, con varios hundimientos, pedado á trechos y de color indefinible. Por último, una capota de raso y hechura antigua, con flores de tela, arrugadas y descoloridas, en las carrilleras, y pendientes de un brazo delgado y tendinoso, un par de vestidos de seda en buen uso, completaban aquella prendería ambulante y acaso todo el capital de su dueño.

—Cabayerito, cabayerito (me dijo, levantando un poco el brazo), cómpreme esté pa su novia este par de alhajas, y hará una obra de caridad. No se figure usted que son por *hai* de alguna de poco mas ó menos. ¡Pobreciña! ¡Era una muchacha como un sol! Un tunante (¡lástima de garrote!), me la sacó engañada de su casa, la mercó estas prendas pa la boda, y despues el arrastrao... ¡que si quieres! Orozco, no te conozco. La chica, ya se vé, se arrecojó otra vez en casa de los suyos como una oveja descarriada, y se fue poniendo lo mismo que la cera, y tan encanijá como una lambrija. Si hoy no hago dinero (añadió verdaderamente conmovida), su madre, no podrá mandar que recen mañana un responso por el alma de la niña, porque está en sus últimos, acabándose como un pajarito.

¡Aquellas galas de boda iban á servir tal vez para comprar una mortaja! Habian ido á parar al Rastro, y la voz del poeta resonaba en mis oídos: *Lasciate ogni speranza*.

No quise preguntar, ni oír mas historias. ¿Ni para qué? ¿No veía escrita con caracteres horribles, en todo lo que me rodeaba, la epopeya del dolor y de la miseria, á derecha é izquierda, delante y detrás de mí, en el suelo y en los cajones, en tenduchos, en covachas tenebrosas y desmanteladas, y hasta en la fisonomía de muchos de los que traficaban en el Rastro?

Obras científicas descabaladas; pastas sin libros; jaulas sin pájaros; tinajas sin fondo; botellas sin cuello; guitarras sin voz ni cuerdas, y llenas de pegotes de lienzo y papel; mesas cojas; sillones mancos; quinqués, lámparas, velones y candiles sin luz; braseros sin fuego; platos resquebrajados, y cacharros de fuentes, cazuelas, pucheros y barreños; vidrios empañados y rotos; chimeneas inservibles; sargas de botones de metal descascarillados; hileras de zapatos corcusidos groseramente, grasientos, sin lustre, nauseabundos; correages y monturas podridas; medios tapones de corcho; pedazos de clavos; ristas de tiras de paño, lavadas y cepilladas, y retazos de telas, cuyos colores habian recobrado cierta vida enfermiza, merced al jabon; colchones fofos, y jergones raídos, amarillentos, que quizás habrian pasado allí desde los hospitales y los cementerios; sables como sierras, sierras desdentadas y dientes de sierras; espadines romos; pistolas y cachorrillos desarmados; llaves sin guardas; campanillas cascadas; escribanías agujereadas; cascabeles mudos, y otra infinidad de objetos de bronce,

de acero, de hierro, de estaño, de laton; pero todo viejo, todo inútil al parecer, amontonado, lleno de abolladuras, confuso, repulsivo, tomado de orin, repugnante, hendido, mutilado.

Medio aturrido y necesitando respirar otro aire mas puro, volvíme á casa, con ánimo, sin embargo, de proseguir por la tarde mis observaciones, pues podria verificarlo mas á mis anchas.

La hora de la tarde, que fue la del crepúsculo, elegida para mi intento, daba una solemnidad misteriosa á aquella escena de aniquilamiento. A lo lejos, hácia la parte de Poniente, los postreros rayos del sol arrebolaban con los colores del iris las nubes que, á manera de islas flotantes, se mecian sobre el horizonte; pero el cielo del Rastro era oscuro, pesado, informe, y envolvía en su manto de sombras el teatro de mis meditaciones. El olor era de cementerio.

Cada uno de los objetos anteriormente mencionados, me hablaba con una elocuencia tremenda, fascinadora.

Poseido de un vértigo supersticioso, parecíame que en el fondo de aquellos casuchos, que en las entrañas de aquel mundo muerto, todos los objetos gesticulaban y se reian, andaban y gemian, murmuraban y gritaban, lanzando alternativamente ayes, blasfemias, suspiros, carcajadas y oraciones, y que cada cual me iba diciendo su historia en palabras concisas y aterradoras.

—Yo (decía una chupa bordada con seda de colores), de un palacio pasé con mi dueño á una boardilla, de la boardilla á una prendería, de la prendería aquí.

—Yo (respondía una sábana), he servido varias veces de mortaja.

—Yo soy despojo del orgullo.

—Yo de una bancarrota.

—A mí me trajo un ladron.

—A mí una prostituta inválida.

—A mí el juego.

—A mí el hambre.

—A mí el cólera-morbo.

—A mí la muerte.

Fuéronse cerrando los cajones y las covachas, y desaparecieron los puestos del suelo, á medida que la sombra aumentaba; las campanas plañian el toque de oraciones, y los murciélagos aleteaban en aquel desierto que se iba quedando cada vez mas solitario. El único ruido que yo percibía, era el ocasionado por la monótona caída del agua de una fuente miserable, en su mayor parte de ladrillo, y sin mas que un caño, situada en la Ribera de Curtidores, frente á la calle de las Amazonas, que adquiriendo nueva forma al fantástico resplandor de la luna, que ya asomaba, parecia el ángel del dolor llorando sobre una urna.

Amargamente conmovido, me retiré con lentitud hácia el centro de la poblacion, esperando que el bullicio, la alegría, el movimiento, la vida, en fin, que siempre reina en las principales calles, ahuyentaria los negros fantasmas que poblaban mi imaginacion. ¡En vano! Estaba de Dios que no habia de descansar aquella noche. Una voz secreta me gritaba

Al pasar cerca de un hospital: *los hospitales son el Rastro de la salud;*

Al pararme junto á un teatro: *los teatros son el Rastro de la literatura dramática;*

Al acercarme á un cuartel: *los cuarteles son el Rastro de las esperanzas mas santas y mas queridas;*

Al oír á un beodo: *las tabernas y las fondas son el Rastro de la temperancia;*

No lejos de un edificio del Estado: *la ambicion es el Rastro de la moralidad;*

Al recorrer la Carrera de San Gerónimo, y otras calles inmediatas: *estas son el Rastro del pudor;*

Al tomar en el Suizo un periódico: *la política es el Rastro de las virtudes cívicas;*

Al leer en él la cotizacion del día: *la Bolsa es el Rastro de la buena fe y del crédito.*

Reflexionando en el momento en que escribo estas líneas, que mi mala ventura me ha ido empujando del centro de Madrid á la calle en que ahora vivo, no puedo menos de pensar tambien en el destino futuro de mis ilusiones mas bellas, exclamando:

—La posteridad vendrá mañana como una traperá á la puerta de mi casa, y escarband y revolviendo con gancho seguro los montones con que tropiece, encontrará en ellos mis pobres borradores, harapos de gloria soñada, que tantas vigiliás y tantas privaciones, y tantas lágrimas me han costado, y los llevará al Rastro, en donde quedarán olvidados y confundidos entre los mil y un harapos del lujo y de la miseria, del dolor y de la alegría, de la felicidad y de la desgracia.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

Muchos son los cuadros de género que se presentaron en la actual esposicion, demostrando que hay en la juventud artista un gusto especial que les arrastra á esta clase de pintura, para la cual tanto se necesita el génio que sabe expresar en un solo rasgo toda una fisonomía, todo un carácter.

Retratar las costumbres, reproducir tipos vulgares,

pero no por eso menos dignos del pincel, es lo que se proponen llevar á cabo en esos lienzos, que hicieron inmortales á Teniers, Wan Ostande, Callot y nuestros Velázquez y Goya, el pintor de mas génio quizás, que ha producido España.

Menos exigente en cuanto al dibujo que los demás géneros, pide sin embargo, ese talento del artista que halla de un solo golpe la mas feliz y mas completa expresion del asunto.

Algunas observaciones apuntaríamos aquí, ya acerca de la estension que se da á este género, ya acerca de los males que puede ocasionar el arte, si se hace tan general como parece que lo será, atendido á que casi una tercera parte de los espositores presentaron cuadros de esta clase. Benjumea, lo mismo que Llanos, Mercadé, Roca, Sans, Rodríguez de Guzman, Martin, Ojeda, Roldan, Fluyxench, Martinez, Espinosa, Linde, Manzano y Valdeperas, todos han presentado cuadros de género, y revelado en ellos grandes dotes de artistas, aunque seria de desear que algunos se dedicasen á otros géneros, en que dieron ya en esta esposicion muestras de su buen talento.

Se presentaron esta vez en el salon del ministerio de Fomento, cuadros de un jóven cuyas obras le dieron en la edad mas temprana una justa y alta reputacion. La muerte arrebató al arte español una de sus mas legítimas y positivas esperanzas; la muerte al detener al principio de su carrera al jóven don Rafael García, al conocido ya con el nombre de Hispaletto, nos robó uno de los génios en cuya frente brillaba ya el númen que inspiraba á Murillo, Velázquez y Zurbarán sus famosos lienzos. Nada indica mejor la altura á que habia llegado como el hermoso *retrato del niño*, cuya frescura y delicadeza de tintas, tan en armonía con el natural, solo halla competidores en los tiernos y angelicales niños de Murillo. Aquella morbidez que se admira en su rostro, y en especial en la mano, es digna de un gran maestro, y tal lo era ya en su temprana edad Hispaletto. Atestigua este aserto, de un modo que no deja duda, la *vendedora de cacharros*, cuya verdad es tal, que quizás no se conozca obra antigua, incluso las de David Teniers, que la aventaja en esa cualidad. Aquella mujer la vemos todos los días; es una copia fiel del natural, al contemplarla no ve uno los medios de que se ha valido el artista para causar aquella ilusion, cualidad sobresaliente en las obras del inmortal Velázquez. Favorece á este cuadro su fondo admirablemente entendido, y de una variedad inimitable. Su cuadro del *Segador* cuyo grabado hemos publicado en El Museo del año último, está acentuado con una maestría tal, que nada deja que desear; la chaqueta, el justillo, calzones y abareas, están de tal modo pintadas que sin querer nos traen á la memoria las buenas obras antiguas, y mucho mas todavia cuando se fija la vista en el sombrero y terrazo en que este se halla colocado, y en aquel golpe de luz tan feliz, tan afortunado para hacer lucir el hermoso fondo, del que puede decirse que está magistralmente pintado. Las obras de este artista son de tal calidad que bien pueden ponerse al lado de las de los antiguos pintores españoles; el Hispaletto era un vástago ilustre de aquella gloriosa estirpe. El arte español moderno perdió en él su mejor ornato.

El señor Linde nos ha dado entre otros, cuadros de género para el que presenta felices disposiciones, como se puede ver en los marcados con los números 89 y 90, el que titula la *Batalla de Pavia*, juguete de nochebuena, cuya idea felizmente concebida y representada, nos dice que su autor es un autor de felices disposiciones para este género de pintura.

Publicamos en este número dos cuadros de que hemos hablado en El Museo; un país del señor Haes y el de los *Amantes de Teruel* del señor García Martínez.

B. P.

PISCICULTURA (1).

II.

Si los huevos se hallan en perfecta sazón, basta la presión mas leve para provocar su espulsion sin que experimente la hembra el menor perjuicio. Pero, al contrario, si para la espulsion se necesita obrar con cierta violencia, es seguro que los huevos se hallan aun contenidos dentro del tejido del órgano que los produce, y que por consiguiente la operacion es prematura, por cuyo motivo debemos renunciar á ella aplazándola para mas adelante.

En general los huevos que debe arrojar una hembra maduran á la vez, se desprenden simultáneamente del ovario, y se fecundan á un mismo tiempo. Sin embargo, las hembras de los salmones tardan algunos dias en desovar completamente, y lo mismo las truchas y todos los salmonídeos.

Es necesario mudar el agua si durante las maniobras la han emporcado las mucosidades que suelen cubrir el cuerpo de las hembras.

No bien concluida ó antes de concluirse la primera operacion, se coge un macho, cuyas lechecillas se esprimen del mismo modo que se ha hecho con los huevos de

(1) Véase el número anterior.

la hembra. Hallándose en sazón, el sémen fluye muy fácilmente, bastando algunas veces la simple suspensión del animal. Cuando ha salido en cantidad suficiente para enturbiar ligeramente el agua, la saturación es bastante; pero para que las moléculas fecundantes se diseminan en todas partes de una manera uniforme, es menester tener la precaución de agitar la mezcla, y renovar suavemente los huevos con la mano ó con un pincel fino, á fin de que no quede un solo punto de su superficie que no se halle en contacto con los elementos que deben penetrarlos.

A los dos ó tres minutos de reposo, la fecundación se ha verificado, y entonces se pasan los huevos con el agua en que se hallan sumergidos á los aparatos ó arroyuelos dispuestos al efecto.

En las especies, tales como el gobio ó albar, la carpa, etc., cuyos huevos no quedan libres despues del desove, sino que por medio de una materia glutinosa se adhieren á la superficie ó alrededor de los cuerpos extraños, sobre los cuales suelen las hembras desovar, se debe practicar la fecundación artificial en condiciones que imiten á la naturaleza.

Hemos hablado ya de los criaderos artificiales.

Estos criaderos pueden tener también una forma circular que se les da por medio de dos ó tres círculos concéntricos, ó bien la forma de un tonel que es lo que ofrece á los peces condiciones mas variadas. En todos los casos es necesario atar un peso á una de las estremidades del aparato para que se mantenga sumergido, y amarrar á la otra una cuerda que se fija en la orilla para sacar el aparato cuando se quiera sin necesidad de meterse en el agua.

Depende principalmente el éxito de la operación del punto en que se colocan los aparatos. Para colocarlos donde conviene, es menester estudiar en cada localidad el instinto de los peces, los cuales en la mayor parte de las especies no buscan para desovar las grandes profundidades, sino los sitios donde hay poca agua, cerca casi siempre de la orilla, y las posiciones mas espuestas á los rayos del sol.

Los aparatos deben colocarse un mes y medio ó dos meses antes de llegar la época del desove, y sacarlos cuando se note que están cargadas de huevos las briznas de yerba ó chavasca que los constituyen esencialmente. Este procedimiento es el que desde tiempo inmemorial usan los chinos, y á esto se reduce tal vez toda su piscicultura.

Respecto de las fecundaciones artificiales, no hay mejor medio para procurarse individuos cuyos huevos y lechecillas se hallen en completa sazón, que el de tomar estos individuos en los criaderos naturales ó en sus intermediaciones en el momento del desove. Pero este medio es insuficiente para las grandes explotaciones. Tratándose de truchas, salmones, y demás especies que viven y se reproducen en aguas corrientes y frias, lo que debe hacerse es colocarlas en depósitos alimentados por manantiales, ó cuando menos por una derivación de un arroyo cristalino, para que renovándose suficientemente el agua, se hallen los peces en las condiciones que requiere su salud, y que es indispensable para el cumplimiento de sus funciones generatrices. Si los peces que se trata de retener hasta la época de su reproducción pertenecen á las especies que viven en aguas estancadas y calientes, como las carpas, las tencas, etc., deben reunirse en depósitos que gocen de estas condiciones.

A M. Cosme se debe la invención de aparatos incubadores con arroyos ficticios y corrientes continuas. Componen este aparato algunos seños facticios, móviles y portátiles, que se desarticulan cuando se quiere, pudiéndose aumentar ó disminuir su número. Consiste en una especie de artesa que tiene como una media vara de longitud, dos palmos de anchura, y poco mas de uno de profundidad. A cosa de tres traveses de dedo de una de sus estremidades, hay una canal de descargo; en la superficie de la estremidad opuesta, y al nivel del fondo, hay un agujero que permite un desagüe completo, y hacia la parte media de su profundidad y á cada lado, dos sustentáculos salientes.

Cada artesa tiene un zarzo (fig. 4, B), en que se ponen los huevos fecundados. Los barrotes de este zarzo, formados de varillas de vidrio colocadas paralelamente á lo largo ó á lo ancho, y á distancia de dos ó tres líneas las unas de las otras, se sostienen con el auxilio de una lámina de plomo (b) muy delgada, dentro de las muescas practicadas en el borde inferior de las piezas que forman las estremidades de un marco de madera. Un travesaño (a), dotado también de muescas proporcionadas al volumen de las varillas, ocupa la parte media del marco para consolidar y sostener el enrejado de vidrio. Una asa de alambre (c) en cada extremo del marco, facilita el ponerlo y sacarlo. El zarzo descansa sobre los sustentáculos salientes (a, c) de que está provista la artesa A y B.

Se pueden disponer de varios modos las artesas provistas de su zarzo; pero lo mejor es colocarlas en fila, y correspondiéndose como los peldaños de una doble escalera.

El barreño sobre que se levanta el aparato, no es absolutamente necesario, si bien es una condición de limpieza. La que representa la figura 6, tiene para la fácil salida de las aguas hacia el punto f, en que está el tubo de desagüe g, un doble plano inclinado. Listoncillos cortados al sesgo (a, b, c, d), destinados á sostener la armazón, restablecen el nivel destruido por la doble

inclinación del fondo. El interior del barreño está forrado de zinc.

También pueden disponerse las artesas por series paralelas sobre andamios en forma de tarasillas de biblioteca.

Si los aparatos que hemos descrito parecen demasiado complicados, puede formarse uno con solo una, dos ó tres artesas. M. Cosme se sirvió al efecto de una simple caja de madera, larga y estrecha, forrada de zinc ó de plomo; de una caldereta de tierra cocida, ó de una tacea como la que representa la figura 7, B. Una fuente alimenta este sencillo aparato, del cual forma el complemento un barreño (C), destinado á recibir el agua entrante.

Para la incubación de los huevos en los ríos ó estanques, se servía M. Cosme de tamices ó cajas de tela metálica, que solo producen buen resultado en aguas muy cristalinas. De otra suerte los sedimentos se detienen en sus mallas, forman una corteza impermeable que intercepta la corriente, y convierten el aparato en una verdadera cloaca en que los gérmenes perecen y los huevos se corrompen. Tienen además el inconveniente, aun en las aguas mas puras, de romper la vejiguilla umbilical de los pececillos por el roce de las asperezas del enrejado metálico.

Estos inconvenientes se remedian con la caja de incubación, que es de madera maciza en el fondo y en los lados, y tiene unos tres pies de largo sobre dos palmos de ancho y otros tantos de profundidad. Una tapa, dividida transversalmente en dos piezas móviles, en cuyo centro hay una abertura cuadrada á que se adapta una rejilla de tela metálica, forma su pared superior, y cada estremidad se halla cerrada por una tapa cuya abertura tiene también su rejilla. Unas y otras tienen sus bisagras, se abren por la parte de afuera, y se mantienen cerradas por medio de dos anillas, colocadas la una delante de la otra, por las cuales pasa una cuerda, una clavija ó un candado. En el interior la caja no tiene división alguna, y si en sus dos estremidades y en el centro, á unos seis ó siete traveses de dedo de su fondo, travesaños destinados á sostener los zarzos que forman el complemento del aparato.

Se pueden también usar cajas de mimbre que se adaptan como los tamices de tela metálica á marcos flotantes, ó que, segun las especies cuyo nacimiento se quiere asegurar, se mantienen en la superficie con el auxilio de boyas de corcho, ó en el fondo adaptando á ellas un cuerpo pesado.

Hay aguas en que ciertas especies viven y se desarrollan sin dificultad; pero por faltar ciertas condiciones no llegan nunca á multiplicarse, á pesar de verificarse anualmente el desove y la fecundación. Respecto de los peces que buscan el agua corriente y limpia, el aborto puede depender de un exceso de lodo que ahoga los gérmenes, en cuyo caso la insuficiencia de la naturaleza se suple fácilmente con los aparatos descritos. Pero respecto de los peces que viven en aguas estancadas, como la carpa y la tenca, el aborto puede depender de que no sea el agua bastante caliente. En este caso, á falta de una charca bastante espuesta á los rayos del sol para que el agua alcance la temperatura debida, se recurre á simples cubetas que se colocan en la orilla. En estos reservorios improvisados se suspenden las plantas cargadas de huevos; pero como no renovándose el agua podría corromperse, se procura conservar en ella una elevación que la mantenga pura.

Si durante el día el ardor del sol eleva la temperatura á mas allá de 20 á 25 grados, se da sombra á las cubetas con toldos ó con ramas, y si el frío de la noche hace descender la temperatura á menos de 16 grados, se las cubre con esteras de paja.

Nacidos ya los pececillos, se les echa con el agua de la cubeta al estanque ó río que se quiere poblar.

(Se continuará).

A. RIBOT.

MAXIMAS FILOSOFICO-MORALES.

El suicida arranca un apóstrofe á la fé; á la esperanza una flor; á la caridad algunas oraciones. Las lágrimas del amor no riegan su tumba; porque si hubiese habido amor para él en el mundo, no se habria suicidado.

A los veinte años comienza el placer; á los treinta el pesar; á los cuarenta el hastío; á los cincuenta la muerte.

El que muere á los veinte años no ha vivido; á los treinta no ha llorado, á los cuarenta ya ha sufrido mucho; á los cincuenta ha tenido diez años de agonía.

Los sabios y los estúpidos se excluyen de estas consideraciones, porque ellos viven toda su vida.

La hermosura dicen que es un capricho convencional; el amor una terquedad; la amistad un sentimiento de egoísmo; la gloria una tontería.

Sin embargo estos son los cuatro puntales mas robustos que sirven de base al edificio de la sociedad, además del hogar doméstico y de la religion cristiana.

La muerte de los ricos es el festin de los pobres. Los mendigos son como los grajos, que se alimentan de los muertos.

Los amantes son unos ciegos preocupados. Como ellos no ven nada de cuanto les rodea, fuera de su amor, creen que todo el mundo ha perdido igualmente la vista.

¡Oh! Si el mar creciese con el eterno llanto de la humanidad, hace ya muchos siglos que el mundo no seria mas que un vasto Océano.

Debemos tratar á los niños con amor; á los jóvenes con bondad; con precaución á los adultos; á los ancianos con respeto. El que se aparta de esta medida suele dar en gravísimos escollos.

Tres cosas no admiten duda fuera del teatro; las arrugas del rostro, la falsedad de una mujer y las lagrimas de un hombre.

No es probable que muera de muerte natural el que á la edad de la razón ha acariciado tres veces la idea del suicidio.

De los motines populares y del cólera morbo solo parecen los que se acobardan.

El tiempo de la tiranía popular pasa como la tempestad, sin dejar sobre las naciones mas que las huellas de su esterminio.

Pueden las riquezas adquiridas á fuerza de trabajo cubrir de canas la cabeza del hombre. Pero ¡ay del hombre que aspira á ser rico, y no ha logrado aun plantar los cimientos de su prosperidad cuando empieza á cubrirse de canas su cabeza!..

Nunca es tarde para alcanzar la sabiduría si se cultiva el entendimiento.

San Ignacio de Loyola comenzó á estudiar latin á los 33 años de edad, y no fueron pocos los que transcurrieron despues hasta echar los cimientos de su gloria.

Platon escribió sus mejores libros siendo ya octogenario. Concluyó Isócrates su *Panatheia* á los 97 años, y su maestro Gorgias no cesó de estudiar y escribir, mientras duraron los 107 de su vida luminosa.

Si los Gentiles hubiesen conocido al verdadero Dios, la Religion Católica seria hoy venerada por todo el universo.

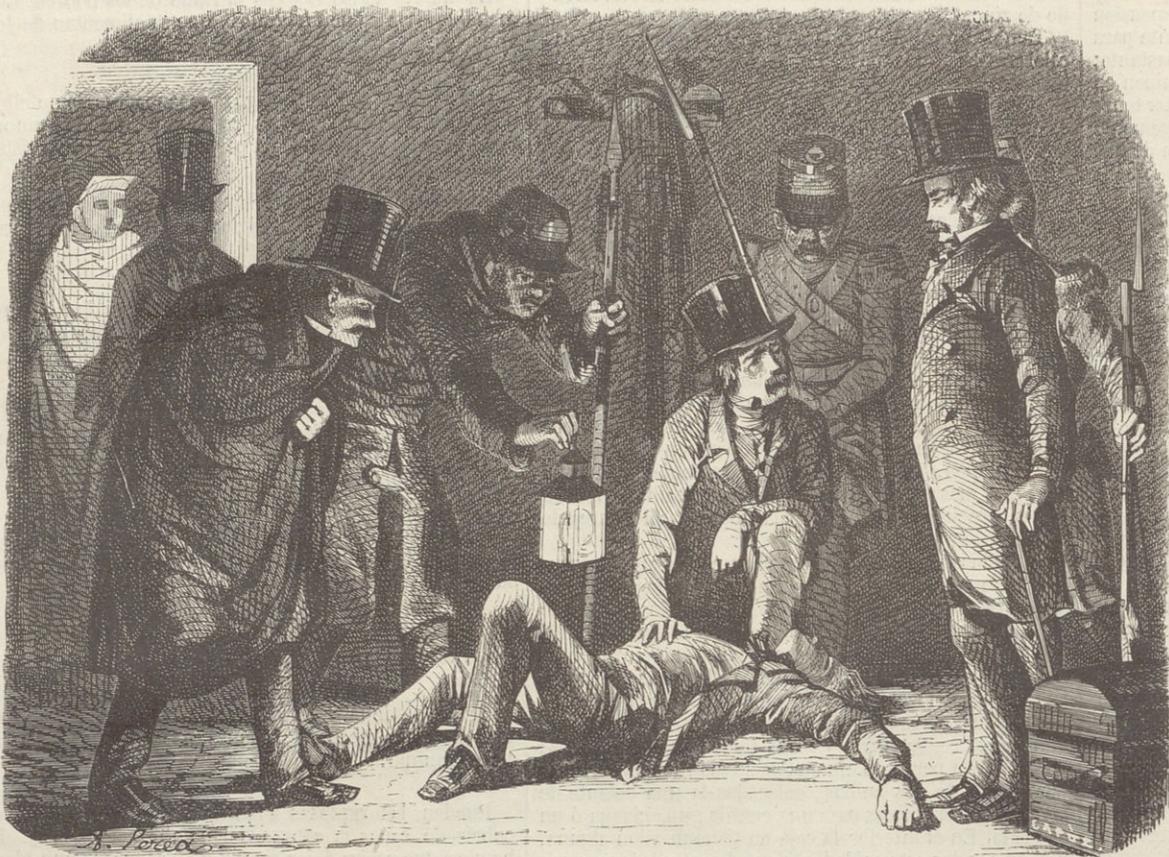
La religion católica es el único bálsamo que puede curar todas las heridas de un alma atribulada. La resignación y la mansedumbre son el verdadero tesoro de la felicidad en esta vida.

La bolsa es el templo de una nueva religion que amenaza destruir á todas las otras. Sus fundamentos son el ágio y la falacia: su sacerdotisa es la riqueza: su objeto la felicidad terrenal. Afortunadamente el desengaño llega con los dolores de la vejez, mucho antes que la muerte. La justicia de Dios está mas alta que la soberbia de los hombres.

La enciclopedia es una ignorancia erudita, que da la investidura de doctores en todas las ciencias á los que no saben ninguna.

LAS GALANTERIAS DE UN CHIMPANZI.

Sabido es que el chimpanzi es entre los monos el que tiene mas instinto y da mayores muestras de inteligencia. Por desgracia es muy difícil su alimentación en Europa. Originario del Africa ecuatorial, no resiste generalmente á los frios de nuestros climas. El único individuo de esta especie que hoy los habita es el que existe en el Jardín Botánico de París. Cuéntase de él, que en su viaje á la capital de Francia pasó por Londres, donde estuvo dos días y le alojaron en la jaula donde á la sazón habia dos chimpanzies hembras. Estas, cuando le vieron se manifestaron tan asustadas y dieron tales gritos, que fue preciso separar de allí al nuevo huésped dividiendo la jaula por medio de una verja de hierro. Cuando el chimpanzi se vió solo, comenzó á ejecutar una danza imitando la de los negros de su país; entonces aquellas damas comenzaron á tranquilizarse y se acercaron á la reja; al dia siguiente, ya le daban la mano al través de los hierros; y cuando llegó el momento de la separación, hubo una escena patética de gritos y sollozos por ambas partes. Sin duda el amor habia unido aquellos corazones que la crueldad de los hombres desunía.



MUESTRA DE LOS GRABADOS DE LAS CAUSAS CELEBRES.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El año se presenta demasiado frío á juzgar por los dias que van corriendo de enero; y si hemos de creer á los astrónomos y á los pastores, 1859 será en punto á nieves y hielos otro 1830. Entonces los que estaban en disposición de juzgar de estas cosas cuentan que en Madrid descendió el termómetro de Reamur á 7 grados bajo cero. Algunos dias lo hemos tenido ya á 4: de suerte que ocasion mas propicia para irse á Fernando Pó, Annobon y Corisco, no es posible encontrarla. Allí á lo menos hallarán calor los que vayan, ya que no hallen otra cosa. Por eso no es de extrañar la multitud de personas de todos sexos, edades y condiciones que han solicitado formar parte de la expedición, unos como simples empleados, otros como soldados, otros como colonos simples. Carpinteros, herreros, zapateros, sastres... y pásmense nuestros lectores... hasta peluqueros han mostrado y muestran un afán inmenso de marchar á aquella tierra que sin duda les parece una nueva Jauja. Sea enhorabuena; vamos á civilizar á los negros de Guinea desde los piés á la cabeza. Ya se nos figura ver á las negras, con un peinado á la emperatriz y dos lindas agujas atravesadas por el cabello, llamar la atención por las calles futuras de Fernando Pó, porque indudablemente habrá calles luego

que se hagan las casas. Decía un peluquero amigo nuestro muy decidido á marchar allá á probar fortuna, que luego que abriese su establecimiento de peluquería y barbería en aquella tierra de promisión, no había de peinar ni hacer la barba á negra ó negro que antes no le pagase: porque cuando se va á tierra extraña ó desconocida es preciso vivir precavido. Así, lo primero que dijo pensaba hacer, era registrar á unos y otros los bolsillos; y habiendo observado nosotros que varios de ellos lienen donde los tenía San Sebastian cuando le asaetearon, nos contestó que en cualquier parte que los tuvieran, él se los sabría buscar.

La expedición saldrá á primeros del próximo febrero; y aunque son muchísimas, como hemos dicho, las familias que han solicitado formar parte de ella, solo se han elegido unas cincuenta, quedando las demas para otra remesa, pues que al principio será preciso proceder con cautela, y no llevar sino la gente que tenga donde albergarse. EL MUSEO UNIVERSAL tendrá un corresponsal de los mas inteligentes en Fernando Pó, y el viaje á esas islas se publicará original. Uno de nuestros colaboradores, acosado aqui de resfriados, intenta ir á tomar el sol á las islas del golfo de Guinea, lo cual, ayudado de unos tres mil duros que lleva de sueldo, supone que le ha de curar radicalmente el reumatismo y los sabañones. Nos ha prometido hacernos una relación minuciosa y circunstanciada de todo, y nosotros, fiados en su promesa, se la repetimos á nuestros lectores.

CAUSAS CELEBRES.

El acreditado Editor D. Fernando Gaspar, está dando á luz una nueva *Colección de Causas Célebres*, con el título de *Anales dramáticos del crimen*, redactada bajo la dirección del conocido jurisconsulto, D. José de Vicente y Caravantes.

El celo y esmero empleados en el desempeño de esta obra, tanto en la parte material, como en la de fondo, justifican la buena acogida que ha obtenido del público.

Distinguese la primera por la belleza y claridad de los tipos con que se halla impresa, la superior calidad y blancura del papel, el esmero y limpieza del tirado, y la exactitud y buen gusto de los grabados y dibujos, circunstancias que son mucho mas recomendables, atendidas la equidad y baratura del precio.

La parte de fondo, es notable por lo enérgico y elegante del estilo, y por el acierto con que se han elegido las causas mas importantes, no solo por su interés dramático y novelesco, sino por arrojar nueva luz sobre graves cuestiones históricas, jurídicas ó sociales.

Hánse publicado ya cuatro entregas de esta obra. Las tres primeras contienen la causa formada contra Orsini, Pierri, Rudio y Gomez, por el atentado cometido en 14 de enero del próximo pasado año de 1838, contra el Emperador de los franceses; proceso notable por su interés político, y por hacerse en él una viva reseña de la historia de regicidio en Francia. La cuarta entrega da principio á la causa formada á los hermanos Marinas, por el asesinato del sastre Lafuente y de otro desconocido en 1849. A esta causa pertenece el grabado que va estampado en este número de El Museo y que no dudamos llamará la atención de nuestros lectores, por su espresion y exactitud, y por la soltura y valentía del lápiz y del buril. Esta causa, célebre ya por las horribles circunstancias que concurrieron en la perpetración del crimen y por el profundo misterio en que apareció envuelto, es en extremo notable por las graves cuestiones jurídicas á que ha dado ocasion, sobre si puede imponerse la pena de muerte por meros indicios, por vehementes que sean, y sobre los grados de influencia que puede ejercer en la rapidez del procedimiento la voz de la opinión pública. La elevación de miras, y la cuidadosa atención con que se examinan estas graves cuestiones tanto por el señor fiscal que entendió de esta causa, el Excmo. Sr. D. José María Fernandez de la Hoz que ha tenido la bondad de facilitar la notable acusación que pronunció en la última vista, como por el Sr. Caravantes, quien espone nuestras leyes generales y especiales que á ellas se refieren, comparándolas con las de los códigos mas notables de la culta Europa, é interpretándolas en sentido favorable á los procesados, dan á esta obra la importancia de un libro científico.

El domingo hubo en la dehesa de los Carabanchales gran revista y simulacro militar para festejar al principe Adalberto de Baviera, cuñado del rey. Asistieron á estas maniobras catorce batallones, tres escuadrones, y veinte piezas de artillería. Los cuerpos iban en traje de marcha, y llamaron la atención de los circunstantes la soltura, precisión y agilidad de los batallones de cazadores. Mientras en Madrid se obsequia al principe Adalberto, en Sevilla es festejado el conde de París, sobrino del duque de Montpensier, que está recorriendo lo mas notable y vistoso de aquella perla de Andalucía. Desde allí es posible que pase á Granada á visitar la Alhambra, y no sabemos si tambien hará una escursión á Madrid, donde no falta que visitar.

Y á propósito de visitas, estos dias ha hablado la prensa de una muy notable, como sería la de la reina doña Isabel II al Padre Santo. Supónese que la reina habia manifestado deseos de ir á Roma á ver á Su Santidad, y sobre este punto los periódicos han hecho los comentarios que han podido. Por nuestra parte podemos decir que creemos inverosímil la noticia, á lo menos por ahora. Quien va á Roma es un señor conde del Sacro Palacio ó del Sacro Colegio, ó del Sacro Imperio, que con todos estos títulos se le conoce, encargado, segun nos han referido, de buscar unas reliquias para un museo histórico religioso. En aquel país regado tantas veces con la sangre de mártires españoles que perdieron su vida en defensa de la fe, no dudamos que el señor conde del Sacro... hallará abundantes materiales para el monumento que medita.

Tres nuevas producciones se han puesto en escena en estos últimos dias. En Novedades una pieza original con el título de *Quemar las Naves* llamó con concurrencia las primeras n ches. No es grande su interés, ni el desempeño fue sobresaliente; pero entretuvo y el autor fue llamado á las tablas. En el Circo se ha representado la *Calle de la Montera*, original de don Narciso Serra. Esta producción no es de las mejores de su autor, y á no ser por su verificación bella y cadenciosa, tal vez no habria tenido buen éxito. Se reduce su argumento á las cuchilladas que todas las noches se dan y reciben á la puerta de la viuda de un montero de Espinosa, viuda hermosa y rica, por cuya hermosura y por cuyo caudal beben los vientos no sabemos cuántos galanes. Como es natural, hay uno preferido; pero este, habiendo descubierto que su padre le disputa la preferencia, le cede la dama como buen hijo. El padre no acepta la cesion, y matando á otro rival se acaba la comedia.

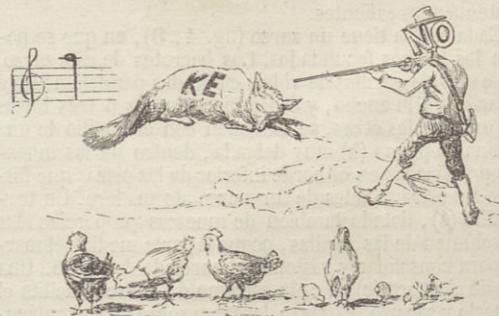
En el Principe, despues del *Cura de Aldea*, se ha representado *La Aurora de la Fortuna*, original del actor de este coliseo don Fernando Osorio. El señor Osorio ha imitado regularmente el teatro antiguo y ha hecho una obra agradable, que ensa, ada y desempeñada con amor ha producido buen efecto en las tablas.

En la Zarzuela continúan gozando del favor del público las representaciones del *Juramento*, bella producción de que hablamos en la revista pasada; y se prepara para dentro de breves dias el *Robo de las Sabinas*, música del cébre compositor Barbieri, de la cual tenemos las mejores noticias.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEXESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geogrífico.



La solución en el número próximo.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

De tal mano tal dado.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG — IMP. DE GASPAS Y ROIG. EDITORE. MADRID: PRINCIPE, 4, 1839.